

# JESÚS, EL SALVADOR RESUCITADO



Iglesia de El Salvador - Madrid  
IGLESIA EVANGELICA ESPAÑOLA

Estudio de Juan Sánchez Núñez, profesor de Cristología en  
la Facultad de Teología SEUT

Predicaciones pronunciadas el 14 y 21 de enero de 2024

## JESÚS: EL SALVADOR RESUCITADO (I)

### Lecturas bíblicas:

#### Salmo 22,23-31.

Los que teméis al Señor, ¡alabadle! ¡Glorificadle, descendencia toda de Jacob!  
¡Temedle vosotros, descendencia toda de Israel!, porque no menospreció ni rechazó el dolor del afligido, ni de él escondió su rostro, sino que cuando clamó a él, lo escuchó.

De ti será mi alabanza en la gran congregación; mis votos pagaré delante de los que lo temen. Comerán los humildes hasta quedar saciados; alabarán al Señor los que lo buscan; vivirá vuestro corazón para siempre.

Se acordarán y se volverán al Señor todos los confines de la tierra, y todas las familias de las naciones adorarán delante de ti, porque del Señor es el reino y él regirá las naciones. Comerán y adorarán todos los poderosos de la tierra; se postrarán delante de él todos los que descienden al polvo, aun el que no puede conservar la vida a su propia alma.

La posteridad lo servirá; esto será contado del Señor hasta la postrera generación. Vendrán y anunciarán su justicia; a pueblo no nacido aún, anunciarán que él hizo esto.

#### Romanos 4,13-25.

La promesa de que sería heredero del mundo, fue dada a Abraham o a su descendencia no por la Ley sino por la justicia de la fe, porque si los que son de la Ley son los herederos, vana resulta la fe y anulada la promesa.

La ley produce ira; pero donde no hay Ley, tampoco hay transgresión. Por eso, la promesa es por fe, para que sea por gracia, a fin de que sea firme para toda su descendencia, no solamente para la que es por la Ley, sino también para la que es de la fe de Abraham.

Él es padre de todos nosotros, como está escrito: “Te he puesto por padre de muchas naciones.” Y lo es delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos y llama las cosas que no son como si fueran.

Él creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas naciones, conforme a lo que se le había dicho: “Así será tu descendencia”. Y su fe no se debilitó al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara.

Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció por la fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido. Por eso, también su fe le fue contada por justicia.

Pero no sólo con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes igualmente ha de ser contada, es decir, a los que

creemos en Aquel que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.

### **Marcos 8,31 – 9,1**

Comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del hombre padecer mucho, ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, ser muerto y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente.

Entonces Pedro lo tomó aparte y comenzó a reconvenirlo. Pero él, volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.

Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará, porque ¿de qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?

Por tanto, el que se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.

También les dijo: De cierto os digo que algunos de los que están aquí no gustarán la muerte hasta que hayan visto que el reino de Dios ha venido con poder.

**Introducción.** Queridas hermanas, queridos hermanos, es para mí un privilegio, un año más, poder estudiar un tema en dos predicaciones, al servicio de la formación teológica de la iglesia, que espero nos ayude a profundizar y renovar nuestra fe en nuestro Señor Jesucristo.

El pastor de la iglesia en la que estuve antes de hacerme miembro de la IEE, decía que lo que se estudia en las Facultades de teología, había que transmitirlo a las iglesias, pues de lo contrario se mantenía a los miembros de la iglesia en una fe ingenua, es decir, vivida con categorías religiosas y culturales de hace siglos y sin conexión con la cultura del mundo en que vivimos.

Como podéis comprender, no es fácil, en dos predicaciones, exponer lo que en las Facultades de teología implica largos y, a veces, enconados debates.

¿Os estaréis preguntando por qué me estoy “curando en salud”?, ¿no?

Pues bien, simplemente porque el tema que he elegido estudiar este año es de los más difíciles, complejos y controvertidos de los que hasta ahora he tratado, el tema de la resurrección de Jesús.

He titulado este estudio: “Jesús: el salvador resucitado”, y es una continuación del que presenté el año pasado: “Jesús: el salvador crucificado”, en el que estudiamos cómo los cuatro evangelios narran teológicamente, que no históricamente, la muerte en cruz de Jesús.

Pues bien, si ya hablar de la muerte en cruz de Jesús es un tema complejo y debatido teológicamente, hablar de la resurrección de Jesús implica aún mayor dificultad, porque hoy en día, hablar de resurrección, es hablar de algo que no encaja en los parámetros culturales en los que nos movemos en nuestro mundo occidental.

Que un muerto resucite, no se lo cree nadie, piensan nuestros contemporáneos occidentales. Que un muerto resucite, es imposible; sobre todo si pensamos la resurrección como una prórroga de esta vida, como un volver a vivir un tiempo más, para después volver a morir. Eso, además de ser imposible, es absurdo, no tiene sentido, ¿qué sentido tiene que a uno le concedan un tiempo más de vida, para después volver a morir?

Por desgracia, esta idea de resurrección, en el sentido de que se piensa como “un volver a vivir”, es la que tiene también una mayoría de creyentes, y es el motivo por el que yo me he propuesto la difícil tarea de traer algo de luz sobre un tema tan “extraño” para nuestros parámetros culturales. Y es que la resurrección no es “un volver a vivir”, sino, una transformación de la vida sujeta a corrupción, en una vida incorruptible, la vida de Dios.

Pues bien, me gusta resumir en una frase el resultado final de mi estudio, con el propósito de que al menos, os quedéis con esa conclusión, pues es posible que no sea capaz de explicar bien el recorrido que he seguido, y alguien se pierda por el camino de mi reflexión bíblico-teológica.

Y ¿cómo resumo yo el concepto bíblico de resurrección? Como “la imposible posibilidad de Dios”.

Y no os preocupéis, que dedico este estudio a explicar este concepto. Pero ya, desde ahora, me gustaría que lo retuvierais, y cuando yo diga “resurrección”, vosotros penséis: “la imposible posibilidad de Dios”.

Y para traer un poco de luz a este concepto, creo que es necesario entenderlo en relación con el tema que estudiamos el año pasado, “Jesús: el salvador crucificado”, y recordar “la imposible posibilidad” de que alguien, que muere crucificado, muera perdonando y amando a sus verdugos, muera, dando su vida para que los demás vivan, incluso sus enemigos.

Hablar de la imposible posibilidad de Dios, es hablar de la imposible posibilidad de morir perdonando y amando a quien te mata, es hablar de la imposible posibilidad de hacer de la vida un don y una gracia para los demás, y no un tesoro a conservar por encima de todo.

Hablar de resurrección es hablar de la imposible posibilidad de la vida de Dios, pues Jesús no resucita volviendo a vivir bajo los parámetros espacio-temporales de su vida anterior, sino que Jesús resucita, porque atraviesa la muerte viviendo con la vida de Dios.

Jesús, no experimenta la corrupción de la muerte, sino que atraviesa la muerte, viviendo en Dios, y por lo tanto, sin que la muerte rompa esa relación de vida con Dios.

¿Por qué los discípulos experimentaron que Jesús vivía con la vida de Dios, incluso después de morir? Porque había vivido toda su vida con la vida de Dios, es decir, con la imposible posibilidad de amar a su enemigo, hasta el punto de dar la vida por él.

Por eso es que el evangelio de Juan dice que Jesús es la resurrección, y no simplemente que resucitó, porque Jesús vivió toda su vida con la imposible posibilidad de la vida de Dios. Y porque vivió como vivió, murió como murió, pues murió con la vida de Dios, una vida de Dios que no es destruida por la muerte, sino que la atraviesa en unión con Dios, y por lo tanto, es el nacimiento a una nueva creación.

Hablar de resurrección es hablar de la imposible posibilidad de que la muerte no sea la aniquilación de la vida, sino el nacimiento a la vida de Dios. Y es que hablar de resurrección es hablar del misterio de la muerte y de la vida, hablar del misterio del origen de la vida y del misterio del fin de la vida, que son el mismo misterio, el misterio de la vida.

¿Pues qué si no, hay, en el origen de la vida? La imposible posibilidad de que la vida sea.

Hasta la ciencia, hoy en día, habla de la imposible posibilidad de la vida. En el origen de tu vida, no están simplemente tus padres, están toda una extraordinaria serie de procesos físico-químicos que se remontan a 13.800 millones de años.

Están las explosiones de las supernovas que son las únicas que hacen posible la formación de los elementos químicos pesados que forman tus huesos. Está la evolución de millones de años de la materia hasta la emergencia del espíritu, que es la forma de vida más evolucionada.

Hablar del origen de la vida, es hablar de la imposible posibilidad de la vida, y desde una perspectiva creyente, es hablar de la imposible posibilidad de Dios, es decir, de la imposible posibilidad de que haya en la vida un poder, que llama a la existencia lo que no existe y da vida a los muertos, que es como Pablo define a Dios en Rom 4,17.

Es evidente que hay un poder extraordinario, asombroso, en el origen de la vida, del cual incluso la ciencia nos da detalles que nos dejan perplejos, y cuanto más detalles conocemos de ese proceso de la vida, más perplejos nos quedamos, más nos convencemos de la imposible posibilidad de la vida.

Pues bien, lo mismo pasa con la muerte, que pone delante de nosotros un misterio, un misterio que, en primer lugar, hace que miremos la muerte con el mismo asombro con que miramos el nacimiento, y nos preguntemos si no está envuelta la muerte en los mismos procesos transformadores que se manifiestan en el origen de la vida, si no se produce en la muerte “un milagro” semejante al que se produce en el origen de la vida.

Y es que no se ajusta a la realidad decir, como muchos dicen: “venimos de la nada y volvemos a la nada”. ¿En base a qué puedes decir eso? Se ajusta más a la realidad decir; “Venimos del Todo, con mayúsculas; y volvemos al Todo, con mayúsculas”. Como mínimo, la muerte es el encuentro con lo desconocido, decir algo más, es decir algo de más.

Pero la muerte, no solo pone ante nosotros el misterio del encuentro con lo desconocido, el misterio de nuestra ignorancia acerca del fin que le aguarda a nuestra vida, el misterio de si la vida se reduce a esta vida que vivimos, no; la muerte pone ante nosotros un misterio más... ¿cómo decirlo?... desasosegante, inquietante: el misterio del valor de la vida.

¿Hay algo en la vida más valioso que tu propia vida? Porque si no lo hay, tienes, no solo el derecho, sino incluso el deber, de preservarla por encima de todo. Es por eso que la muerte pone ante nosotros, no simplemente nuestro dejar de ser, sino el valor de lo que somos.

¿Es la vida, como dice Shakespeare, un cuento, contado por un idiota, con mucho ruido y pasión, pero que nada significa? ¿O es la vida un misterio de amor más fuerte que la muerte?

Un misterio de amor, que es un misterio de unidad de la materia, hasta la emergencia del espíritu, hasta la emergencia de un mundo de verdad, de belleza, de libertad, de fraternidad..., de hombres y mujeres como el nuevo Adán, que diría Pablo, es decir, como Jesús de Nazaret, que viven con la vida de Dios, que hacen presente en la historia la vida de Dios, y nos hacen ver que es posible mirar la muerte con esperanza, porque en esta vida, está presente “la imposible posibilidad de Dios”.

Y si en esta vida está presente la imposible posibilidad de Dios, ¿cómo no lo va a estar en la muerte?

Pero no perdamos el hilo. Os decía que la muerte, hace que nos enfrentemos con el misterio de la vida, hace que evaluemos si hay algo en la vida más valioso que la vida misma. Y yo creo que éste es el horizonte humano que nos permite entender el significado de la resurrección, el horizonte de la libertad humana, tal y como dice el jesuita Karl Rahner, uno de los más grandes teólogos del siglo XX.

Pues si hay algo en lo que la libertad del ser humano se ejerce de manera radical y última, es en la decisión acerca de aquello que es lo más valioso de su vida.

Si lo más valioso de tu vida es la vida misma, como os decía antes, la defenderás a cualquier precio, y estarás dispuesto incluso a matar, para ponerla a salvo.

Si lo más valioso de tu vida es el dinero, el placer, la fama, el prestigio, el poder, etc. pondrás toda tu vida a su servicio, y estarás dispuesto incluso a “matar” a todo aquel que se interponga en tu camino.

Con mucha razón decía Lutero que aquello a lo que entregas tu corazón, eso es tu dios.

Pues bien, como os decía, Karl Rahner dice que, el horizonte humano que permite entender la resurrección, es el horizonte de la libertad humana; pues, toda libertad humana es ejercida y vivida con esperanza trascendental, es decir, con la esperanza de la validez permanente de lo que uno ha llegado a ser en la historia de su propia vida.

Dice Rahner que esto es algo intrínseco a toda existencia humana, algo intrínseco a todo ejercicio de la libertad humana, la esperanza de la validez permanente de lo que he llegado a ser en la historia de mi propia vida, y por ende, de lo que ha llegado a ser la historia humana.

Y esto, una vez más, pone ante nosotros si hay algo de validez permanente en la historia humana; o por el contrario, como decía Shakespeare, no hay nada en la vida humana que tenga validez permanente.

Cuando uno entrega su vida al dinero, al placer, al prestigio, al poder; está diciendo con su propia vida, que eso vale más que su vida, y que eso tiene un valor permanente, es decir, que permanece más allá de su vida, y por lo tanto, que merece la pena dar la vida por ello.

Por desgracia, esto que digo, no siempre es algo que el ser humano pueda decidir de manera personal y libre, sino algo a lo que se ve obligado por la sociedad en la que vive.

A la largo de la historia humana, los seres humanos han estado dispuestos, o han sido obligados, a dar su vida por sus familias, por sus riquezas, por sus pueblos, por sus reyes, por sus imperios. Incluso hoy en día vemos, en las guerras que asolan nuestro planeta, cómo es más valioso que la vida humana, el territorio de las naciones, las riquezas de las naciones, las ideas religiosas por las que los seres humanos matan y mueren, etc. etc. etc.

¿Realmente tienen validez permanente las fronteras de las naciones, las riquezas de los territorios, las ideas religiosas por las que uno da la vida, o es obligado a darla?

Y justo aquí, nos enfrentamos nuevamente, de manera radical, con el misterio de la vida y de la muerte, con el misterio de la imposible posibilidad de Dios, con la imposible posibilidad de que la historia humana sea una historia de hermanos.

Para que la historia humana sea una historia de hermanos, hay que vivir la vida con la imposible posibilidad de Dios, que perdona a Caín y le pone una señal para que nadie le mate, resucitándolo así a una nueva vida.

Para que la historia sea una historia de hermanos, hay que liberar al pueblo de Israel de la esclavitud del imperio egipcio, resucitándolo así a una nueva vida.

Para que la historia humana sea una historia de hermanos, hay que vivir como hijos de Dios, tal y como vivió Jesús de Nazaret, que venció el mal con el bien, que estuvo dispuesto a morir sin matar, pues como os decía en el estudio del año pasado, no es el mal que recibimos el que nos hace malos, sino el mal que hacemos, el que nos hace malos.

Y vivir la vida con la imposible posibilidad de que sea el perdón y el amor los que tengan validez permanente en la historia humana, es vivirla como Jesús, que enfrentó su muerte, que la veía venir, con la confianza en la resurrección, con la confianza en la imposible posibilidad de Dios “que llama a la existencia lo que no existe y da vida a los muertos”.

Hemos leído esta mañana, en el evangelio de Marcos, el primer anuncio que hace Jesús a sus discípulos de su muerte y su resurrección; y como los discípulos ni entienden ni aceptan un Mesías que salve a su pueblo, sufriendo y muriendo por él, Marcos nos dice que Jesús volvió a hacerlo dos veces más, con poco éxito, por cierto.

En estos anuncios de su pasión, Marcos nos presenta cómo enfrentó Jesús su propia muerte; porque está claro que no le sorprendió, que era muy consciente de la oposición de los tres estamentos que formaban el Sanedrín, los senadores, los sumos sacerdotes y los doctores de la ley, que no solo rechazaron su ministerio sino que consideraron necesario eliminarlo, porque ponía en riesgo su mundo religioso, económico y político.

Así se lo hace saber a sus discípulos esta primera vez que intenta enseñarles cómo su muerte forma parte también de su vida.

Y es que si el año pasado estudiamos la muerte de Jesús, y vimos que lo esencial de esos relatos es el modo en que Jesús muere, en unión plena con su Padre; este año, al estudiar la resurrección, vemos que también, lo esencial de la vida de Jesús, nos lo ofrece, el modo en que Jesús enfrenta su muerte.

¿Y cómo enfrenta Jesús su muerte? Integrándola en su vida, asumiéndola, no como algo que su condición mortal y social le impone, sino como algo que él mismo acepta libremente como acto final de su vida, es decir, como expresión última de lo que ha sido su vida, una vida de entrega al Reino de Dios: la plenitud de vida de todos los seres humanos.

Jesús integra su muerte en su vida, con esperanza trascendental en Dios, que diría Rahner; con confianza en la validez permanente de lo que está llegando a ser la historia de su vida, una historia que sabe sostenida y guiada por el Aliento vital de Dios, y que por lo tanto, es más fuerte que la muerte.

Jesús dice a sus discípulos, que la vida se pierde si te aferras a ella de manera egoísta y ciega, poniendo tu propio interés por encima de todo; y que la vida se gana si la das a aquello que tiene validez permanente, un Reino de hermanos, es decir, de vida plena para toda la humanidad.

Jesús dice a sus discípulos que la vida es una constante lucha contra la muerte, y que se “construye” venciendo la muerte cada día, venciendo ese miedo que nos impulsa a vivir de manera egoísta y ciega. Y les asegura, que el Reinado de Dios, ese mundo nuevo de hermanos, irrumpe con fuerza en este mundo, incluso aunque él muera, y que algunos lo verán antes de morir.

Jesús muere, dando su vida por ese mundo nuevo de relaciones humanas, basadas en el amor universal y en la solidaridad, que hace posible “la imposible posibilidad de Dios”, y que tiene validez permanente, al integrar en él las vidas individuales de todos los seres humanos.

Esa fue la esperanza que le hizo vivir como vivió y morir como murió: “siendo resucitado por Dios”, como veremos en el estudio del próximo domingo.

Que el Espíritu de Jesús nos de fuerzas para vivir como Jesús, confiando en que la vida se salva gastándola en lo que tiene validez permanente: Jesús y su causa. Amén.



## JESÚS: EL SALVADOR RESUCITADO (II)

### Lecturas bíblicas:

#### Salmo 16

En ti confío, Señor, protégeme. Yo digo al Señor: "Tu eres mi Dios, ningún bien hay fuera de ti".

En cuanto a los dioses de esta tierra, esos poderes en los que antes me complacía; corran otros tras ellos y les dediquen sus desvelos, que yo no participaré en sus sacrificios, ni me rendiré a su esplendor.

Tú, Señor, eres mi alegría y mi herencia, mi destino está en tus manos. Me ha tocado en suerte lo mejor, ¡qué hermosa es mi heredad!

Bendeciré al Señor que me aconseja, ¡hasta de noche instruye mi conciencia! Tengo siempre presente al Señor, con él a mi lado jamás sucumbiré.

Por eso se me alegra el corazón, siento un gozo entrañable, y todo mi ser descansa tranquilo; porque no dejarás que mi vida termine en el sepulcro, ni permitirás que tu siervo sufra corrupción.

Me has dado a conocer la senda de la vida, me llenarás de alegría en tu presencia, de dicha eterna junto a ti.

#### 1ª Corintios 15

Hermanos, quiero recordaros el Evangelio que os anuncié, que habéis recibido y en el que permanecéis firmes.

En primer lugar os transmití lo que yo mismo había recibido, que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Pedro y, más tarde, a los Doce.

Después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, de los cuales algunos han muerto, pero la mayor parte vive todavía. Se apareció después a Santiago, y más tarde, a todos los apóstoles.

Finalmente, como si se tratara de un hijo nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí. Pues bien, sean ellos, o sea yo, esto es lo que anunciamos y lo que vosotros habéis creído.

Ahora bien, si predicamos que Cristo ha resucitado, ¿cómo andan diciendo algunos de vosotros que no hay resurrección de los muertos? Si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo resucitó, y si no resucitó Cristo, nuestra predicación es vana, y vana también vuestra fe.

Es más, si esos tuviesen razón, seríamos falsos testigos de Dios, pues damos testimonio de que Dios resucitó a Cristo, cuando en realidad no lo habría resucitado, de ser

verdad que los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana y aún seguís en vuestros pecados.

En consecuencia, los que murieron creyendo en Cristo, han perecido para siempre. Si nuestra esperanza en Cristo se limita solo a esta vida, somos las personas más dignas de lástima. ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos, el primero de todos. Pues si por una persona vino la muerte, también por una persona viene la resurrección de los muertos.

En efecto, así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados; cada uno, según el orden que le corresponde: Cristo, el primero, luego, aquellos que estén unidos a él en el momento de su Venida. Entonces vendrá el fin, cuando entregue el Reino a Dios, el Padre, después de haber aniquilado todo Principado, Dominio y Poder.

Porque es necesario que Cristo reine hasta que ponga a todos los enemigos debajo de sus pies; y el último enemigo en ser destruido será la muerte. Y cuando todo le sea sometido, él mismo se someterá a Aquel que le sometió todas las cosas, a fin de que Dios sea todo en todos.

Pero es posible que alguien diga: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo? Esa pregunta no tiene sentido. Lo que uno siembra, no llega a tener vida si antes no muere. Y lo que siembras no es la planta entera que después ha de brotar, sino un simple grano de trigo, o de cualquier otra semilla. Y Dios le da el cuerpo que Él quiere: a cada semilla el suyo.

No todos los cuerpos son iguales: los seres humanos tienen uno, y los animales terrestres otro distinto; y distinto es también el de las aves y el de los peces. Hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres, y cada uno tiene su propio resplandor; uno es el resplandor del sol, otro el de la luna y otro el de las estrellas, y aun las estrellas difieren unas de otras por su resplandor.

Lo mismo pasa con la resurrección de los muertos: se siembran cuerpos corruptibles y resucitarán incorruptibles; se siembran cuerpos humillados y resucitarán gloriosos; se siembran cuerpos débiles y resucitarán llenos de fuerza; se siembran cuerpos meramente naturales y resucitarán cuerpos espirituales.

Pues si hay un cuerpo meramente natural, también hay un cuerpo espiritual. Esto es lo que dice la Escritura: La primera persona, Adán, fue creada como un ser viviente; el último Adán, espíritu vivificante. La primera persona procede de la tierra y es terrenal; la segunda, viene del cielo; y del mismo modo que llevamos la imagen del terrenal, también llevaremos la imagen del celestial.

Les aseguro, hermanos, que lo meramente humano, no puede heredar el Reino de Dios, ni la corrupción heredar la incorrupción. ¡Mirad! Os voy a revelar un misterio: No todos moriremos, pero todos seremos transformados.

En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, cuando suene la trompeta final –porque esto sucederá–, los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. En efecto, es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad, y que este ser mortal se revista de inmortalidad.

Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: “La muerte ha sido vencida. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?”

¡Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo! Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.

### **Marcos 16,1-8**

Cuando pasó el sábado, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungir el cuerpo de Jesús. Muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, recién salido el sol. Pero decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?

Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, aunque era muy grande. Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, vestido de una túnica blanca, y se asustaron. Pero él les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado. Ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde lo pusieron. Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, como os dijo.

Ellas salieron huyendo del sepulcro, porque les había entrado temblor y espanto; y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo.

**Introducción.** Buenos días hermanas, hermanos. “Jesús: el Salvador resucitado”, o como vimos el domingo pasado, la imposible posibilidad de Dios de “llamar a la existencia lo que no existe y dar vida a los muertos” (Rom 4,17)

Y si el domingo pasado os presentaba la idea de resurrección que quería que retuvieseis –“La imposible posibilidad de Dios”–; hoy, por si me “enredo” en la exposición de este tema tan complejo, también os presento, al principio, la conclusión de este estudio.

Hablar de resurrección es hablar de la imposible posibilidad de que la vida corruptible sea transformada en vida incorruptible; de que la vida mortal, sea transformada en vida inmortal; de que la vida material, se transformada en vida espiritual... **por Dios.**

Una transformación que, como vimos el domingo pasado, comienza en esta vida y se consuma en nuestra muerte; ¡o no!, dirá Pablo, porque no todos moriremos, tal y como hemos leído en 1ª Cor 15; pues Pablo pensaba que era posible, que esta historia de corrupción y muerte, fuera vencida definitivamente mientras él vivía, por el poder de Dios que se había hecho presente en la resurrección de Jesús de Nazaret.

Así que decir “resurrección de los muertos”, es decir “transformación”, es decir, metamorfosis de esta vida corruptible, en vida incorruptible; de esta vida material, en vida espiritual; de esta vida bajo el poder de la muerte, en vida bajo el poder del Espíritu de Dios, en vida de Dios.

Es lo mismo que dice 1ª Pedro, resumiendo la Pascua de Jesús: “Porque también Cristo murió una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, sufriendo la muerte en su carne, pero siendo vivificado en su espíritu”. Otra traducción dice: “como mortal, sufrió la muerte, como espiritual, fue vivificado”; o “como hombre, murió, pero resucitó en el Espíritu”.

Hemos de reconocer, que en Pablo tenemos el único lugar en el Nuevo Testamento, en el que se nos presenta una reflexión, un poco más detallada, acerca de cómo se entendía la resurrección en aquellos tiempos.

Los especialistas del Nuevo Testamento nos dicen que los relatos de apariciones y de la tumba vacía, son más tardíos que las primeras fórmulas de fe, con las que los primeros cristianos proclamaban su fe, y que el texto de Pablo en 1ª Corintios 15 es la única reflexión acerca de lo que significa resucitar de los muertos, escrita en la década de los 50 d.C.

Y todo, porque en la iglesia de Corinto había miembros que decían que se podía creer en Jesús, sin creer en la resurrección; algo que debía romper su visión griega de la vida, su comprensión dualista del ser humano, formado por un cuerpo mortal y un alma inmortal.

Y Pablo se ve obligado a responder a esta cuestión y a darnos así, con palabras simbólicas, algo que cuestiona nuestros parámetros espacio-temporales, algo que, no es que no sea histórico, es que es trans-histórico: la presencia del poder de Dios en la vida, que transforma un cuerpo mortal, en un cuerpo inmortal, un cuerpo material en un cuerpo espiritual.

Y hablar de un cuerpo espiritual es negar la visión dualista del ser humano que tenía la cultura griega, y afirmar la dignidad del cuerpo, que es el conjunto de relaciones que el ser humano construye en su vida; y que hace referencia, en la comprensión bíblica del ser humano, a su identidad personal, algo que no se destruye con la muerte, sino que se transforma y perdura más allá de la muerte, porque hay Dios, no porque haya inmortalidad en el ser humano.

Este es, muy resumido, el esquema teórico con el que tenemos que acercarnos a los textos del Nuevo Testamento que nos hablan de la resurrección de Jesús, y si no lo tenemos en cuenta, es muy fácil que nos enredemos en problemas de todo tipo, tanto científicos ¿qué es eso de un cuerpo que atraviesa paredes?; como históricos, ¿qué es eso de que las apariciones sean en Galilea, según Marcos y Mateo, o en Jerusalén, según Lucas?

Estos aparentes problemas científicos, o históricos, que encontramos en los relatos de la resurrección de Jesús, no son sino formas literarias, como ya vimos el año pasado, de exponer conceptos teológicos; pues estos relatos, es necesario subrayarlo, no nos dan información científica o histórica, nos dan información teológica, que no niega la ciencia ni la historia, pero que la trasciende.

Pues bien, gracias a Pablo, y a estos hermanos nuestros de Corinto, tenemos hoy este “tesoro de fe” que es la reflexión de Pablo en 1ª Cor 15, y que nos permite entender, algo mejor, de qué hablaban los primeros seguidores de Jesús, cuando hablaban de resurrección.

Y quiero llamar vuestra atención sobre lo que pensaban nuestros hermanos de Corinto que negaban la resurrección, que no decían que Cristo no había resucitado, no; decían que no había resurrección; y esta diferencia es importante; no decían que Cristo no ha resucitado, y por lo tanto no hay resurrección; sino que decían, no hay resurrección y por lo tanto, Cristo no ha resucitado.

Y Pablo les dice, si negáis la resurrección, negáis a Dios, y nosotros somos unos farsantes que damos un falso testimonio de Dios, y vuestra fe es vana, aún estáis en vuestros pecados; pues negar la resurrección es negar al Dios que “llama al ser lo que no es y da vida a los muertos”.

Negar la resurrección es negar al Dios que se ha hecho presente en la vida de Jesús, y de manera radical en su muerte, que no permitió que su Hijo viera corrupción, sino que lo vivificó, transformando su cuerpo mortal en un cuerpo inmortal, transformando su cuerpo material en un cuerpo espiritual.

Así es como lo anuncia Pedro, el día de Pentecostés, a los habitantes de Jerusalén, según Hechos 2, que aplica a Jesús el Salmo 16 de David; y dice Pedro, que siendo profeta David, habla en ese Salmo de la resurrección de Jesús, diciendo que “su alma no fue abandonada en el Hades, ni su carne experimentó corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos” (Hch 2,31-32)

Os decía al principio que me gustaría que al menos esta idea os quedase clara, que hablar de resurrección, es hablar de la imposible posibilidad de que la vida corruptible sea transformada en vida incorruptible; de que la vida mortal, sea transformada en vida inmortal; de que la vida material, se transformada en vida espiritual... **por Dios.**

Pues bien, han sido los teólogos protestantes, Karl Barth, en un comentario de 1ª Corintios, y Rudolf Bultmann, haciendo un estudio de ese comentario, quienes han subrayado esta visión bíblica de la resurrección, afirmando que la palabra “resurrección” es una paráfrasis de la palabra “Dios”; es decir, cuando hablamos de resurrección estamos parafraseando la palabra “Dios”.

Y de esto ha tomado nota la teología académica también, que es muy consciente de que hablar de la resurrección es hacer, en primer lugar, una afirmación teológica; y en segundo lugar, una afirmación cristológica, es decir, hablar de la resurrección es, en primer lugar, hablar de Dios, y en segundo lugar, hablar de Jesucristo.

Creo que ahora sí, con este marco conceptual en mente, podemos acercarnos al modo en que los primeros discípulos anunciaron su fe en la resurrección de Jesús.

Y los especialistas en la literatura del Nuevo Testamento nos dicen que lo hicieron, básicamente, de tres formas. En primer lugar, y son los testimonios más antiguos, en breves confesiones de fe, y después, en relatos de apariciones y en el relato de la tumba vacía.

La forma más antigua son las breves confesiones de fe en la resurrección; fórmulas hechas que encontramos en textos del Nuevo Testamento. Por ejemplo, la utilizada por Pablo para comenzar su carta a los Gálatas: “Pablo, apóstol, no por disposición humana, sino por Jesucristo y por Dios Padre que lo resucitó de entre los muertos” (1,1)

O en Hechos de los apóstoles, que cuando los discípulos anuncian su resurrección dicen: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (2,36)

Las otras dos formas de anunciar el misterio de la resurrección son los relatos de la tumba vacía y los relatos de apariciones. Pues bien, el relato que hemos leído hoy en Marcos mezcla estas dos formas, es un relato que nos presenta la tumba vacía y que también nos dice dónde y cuándo se aparecerá Jesús.

Pero antes de verlo, permitidme que os recuerde una clave de interpretación de la literatura de aquella época. Nos dice un especialista, que, por ejemplo, leyendo la *Historia de Roma* de Tito Livio, se ve cómo se narran historias para transmitir una idea, no un hecho; y esto es un recurso literario de aquellos tiempos, que también es utilizado en los evangelios. Muchos relatos, nos cuentan una idea, no un hecho; por eso los hechos hay que investigarlos críticamente.

Pues bien, el Evangelio de Marcos termina con este relato de la tumba vacía y el anuncio de las apariciones de Jesús. Aunque parezca mentira, termina en el versículo 8, con unas mujeres atemorizadas, que tienen un mensaje que dar a los discípulos de parte de un ángel, un mensajero de Dios, pero que se callan porque están totalmente paralizadas por el miedo.

Pero, ¿cómo es posible que acabe así? ¡Esto no hay quien lo entienda!

Bueno, voy a intentar explicarlo brevemente. Pero antes deciros que no me lo invento. La misma Biblia “La Palabra”, nos dice que los versículos 9-20 son un “Apéndice” que no se encuentra en los manuscritos más antiguos y valiosos, pero sí en otros posteriores.

Y es que, claro, ya a nuestros hermanos de los primeros siglos, también les resultaba extraño el modo en que Marcos terminaba su evangelio, y añadieron este “Apéndice” con referencias a otros relatos de apariciones de otros libros.

Pero Marcos escribe este final con una idea muy clara acerca del modo de acceder a la fe en la resurrección.

Lucas nos describe el modo en que los discípulos de todos los tiempos pueden encontrarse con el Jesús resucitado en el relato de los discípulos de Emaús.

Lucas nos dice que esto es posible cuando comprendemos las Escrituras, es decir, cuando se abren nuestros ojos y vemos que la vida de Jesús y su muerte en la cruz son el cumplimiento de las promesas de Dios a Israel en sus Escrituras. Y cuando partimos el pan con los hermanos, es decir, cuando “partimos” nuestra vida por los demás y la compartimos con ellos.

Creo que Marcos nos dice algo muy similar, pero con otra clave teológica: para que Jesús se aparezca a sus discípulos, estos tienen que ir a Galilea. Es decir, al principio del evangelio, allí donde Jesús comenzó anunciando el Reino de Dios, y llevó a cabo su misión; antes de subir a Jerusalén y morir.

Marcos nos dice, ir a Galilea, empezar a leer otra vez el Evangelio, y vivir el Evangelio. Hacedos discípulos contemporáneos de Jesús, leyendo y viviendo el Evangelio desde el inicio.

Acompañar a Jesús en su paso por Galilea, en su subida a Jerusalén, y no le abandonéis en su muerte, y en ese camino, el Jesús resucitado, os saldrá al encuentro: “allí le veréis”.

“El crucificado, ha resucitado”, dice el joven vestido de blanco a las mujeres. “Id, y decirle a sus discípulos que va delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis, tal y como os dijo”.

Y es que Jesús, después de la última cena, y camino del monte de los Olivos, les advierte a sus discípulos: “Todos me vais a abandonar, porque escrito está: *Heriré al pastor y las ovejas se dispersarán*. Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea” (14,27)

Sin embargo Lucas, cambia esta instrucción de Jesús, en el sentido de que los discípulos deben quedarse en Jerusalén, hasta la venida del Espíritu Santo.

Ni Lucas ni Marcos pretenden darnos información histórica, sino que escriben sus relatos con la intención teológica de que quien los lea, experimente el encuentro con el Jesús resucitado.

Creo que esto lo entendió muy bien Lutero, que decía: “Cuando leas “Cristo ha resucitado”, debes añadir inmediatamente: yo he resucitado con él, y tú has resucitado con él, pues debemos participar en su resurrección. Si no comprendemos esto, no comprendemos absolutamente nada”.

Y es que la resurrección, es la experiencia de la vida triunfando sobre la muerte, la experiencia de la vida incorruptible, venciendo sobre la vida corruptible; la experiencia de la vida en el Espíritu, venciendo sobre la vida material, es decir, egoísta, culpable y mortal.

Es la experiencia con la que comienza la vida cristiana, y que se simboliza en el bautismo, nuestra participación en la muerte y resurrección de Jesús, tal y como Pablo dice a los Colosenses 2,9-12:

“Porque es en Cristo hecho hombre en quien habita la plenitud de la divinidad, y en él, que es cabeza de todo principado y potestad, habéis alcanzado vosotros la plenitud. Por vuestra unión con él estáis también circuncidados, no físicamente ni por mano de hombre, sino con la circuncisión de Cristo, que os libera de vuestro cuerpo carnal. Habéis muerto con Cristo en el bautismo, y con él habéis resucitado también, pues habéis creído en el poder de Dios que lo ha resucitado de entre los muertos”.

¿Por qué hemos muerto y resucitado con Cristo? Porque hemos creído en el poder de Dios que lo resucitó de entre los muertos; porque hemos creído en la validez permanente de la vida de Jesús de Nazaret, que vence la muerte, y de la cual participamos, por nuestra fe en él, es decir, por participar de la misma fe con la que Jesús de Nazaret vivió y murió.

Fijaos cómo lo dice la carta a los Hebreos: “Jesús compartió nuestra carne y nuestra sangre, para destruir con su muerte el poder de la muerte, y librar así a los que, por el temor a la muerte, viven como esclavos durante toda la vida” (2,15)

Es el miedo a la muerte lo que nos hace esclavos. Esclavos de nuestros miedos, esclavos de nuestras miserias, esclavos de nuestras injusticias, esclavos de nuestras mentiras, en una palabra: esclavos de la muerte.

¿Y que es resucitar? “**Librar a la vida del poder de la muerte**”. Y eso es lo que de una manera totalmente clara y diáfana, los discípulos de Jesús experimentaron, no solo al final de la vida de Jesús, sino durante toda su vida y también en su muerte, experimentaron que Jesús, en ningún momento, vivió, ni murió, bajo el poder de la muerte.

Después de morir, ¡por fin!, los discípulos de Jesús tuvieron la revelación de la verdad de la vida de Jesús: ¡Dios estaba en él, también en su muerte, dando vida al mundo! Es más, Dios estaba en él, desde antes de nacer, pues desde la fundación del mundo, ya tenía Dios en mente al nuevo Adán, a Jesús de Nazaret.

Anunciar la resurrección de Jesús, es anunciar que Dios ha dado inicio a los acontecimientos del fin de este mundo viejo; Dios ha dado comienzo a la creación de un mundo nuevo, que ya no es esclavo de la muerte, que ya no vive bajo el temor de la muerte.

Como no vivió Jesús en ningún momento de su vida. Aunque vencer a la muerte, le costara “sudar sangre”, como nos dice el evangelio de Lucas.

Enfrentarse a la muerte es trágico, y también lo fue para Jesús. Aceptar que tu muerte, también puede ser un acto de vida, cuesta reconocerlo. Pero gracias a Jesús, nosotros también lo creemos, porque lo creyó Jesús, y nos abrió el camino.

Y es que Jesús de Nazaret murió venciendo la muerte, nos dicen sus discípulos cuando anuncian la resurrección.

Y murió venciendo la muerte, porque su confianza y su comunión con Dios eran tan estrechas, que la muerte no pudo destruirlas; es más, atravesó el desprecio y la condena, la humillación y la tortura, sostenido por el Espíritu de Dios, sostenido por las manos de su Padre, y confiando en que la entrega de su propia vida, era el último y sublime acto de una vida entregada totalmente a Dios y a su Reino de justicia para todos los seres humanos.

Morir así, en unión total con Dios, fue lo que hizo posible a sus discípulos encontrarse con Dios incluso en su muerte, experimentar que Dios lo había levantado de entre los muertos y lo había declarado el verdadero Señor de vivos y muertos, el inicio de una nueva creación y una nueva humanidad.

Es el acontecimiento de la muerte y la resurrección de Jesús lo que constituye el Evangelio, la Buena Noticia de Dios, que da origen a la iglesia cristiana, y que implica el cumplimiento de todas las promesas de Dios a Israel, el cumplimiento de la esperanza de Israel.

Israel vivió con la esperanza de un Reino de vida para todos los seres humanos. Israel miraba el futuro con esperanza, sabiendo que el futuro era de Dios, no del poder de la muerte.

Jesús llevó hasta sus últimas consecuencias esta fe, convencido de que Dios es el futuro del hombre, incluso si sus hermanos le crucifican. Dios es el futuro de plenitud de vida que anhela la humanidad; y solo quien vive en esta esperanza de futuro, puede entender el anuncio de la resurrección.

Pues, el futuro, no es de la muerte, es de Dios. El futuro no está en manos de la injusticia y la violencia. Al final de la historia, no será el verdugo el que triunfe sobre la víctima. El futuro está



en manos del crucificado-resucitado, del Cristo de Dios; está en manos del nuevo Adán, Jesús de Nazaret, levantado por Dios de entre los muertos, y constituido en Señor de la vida y en Juez de la historia.

Todo esto está implícito en el anuncio de la resurrección de Jesús; pero yo debo terminar aquí mi estudio, con la confianza en la imposible posibilidad de Dios de hacer un mundo nuevo con hombres y mujeres que viven con la misma fe de Jesús de Nazaret.

Con hombres y mujeres que han experimentado la validez permanente de la vida de Jesús, y participan ya de su triunfo sobre la muerte. ¡Que su Espíritu vivifique nuestros cuerpos mortales cada día de nuestra vida! Amén.